

El fantasma de Vietnam reaparece en la mente de muchos norteamericanos. Lo trae de vuelta la conmemoración del cuadragésimo aniversario del asesinato de John F. Kennedy en Dallas, pero también el que noviembre haya sido el mes más sangriento desde que empezara la invasión de los Estados Unidos a Irak. ¿Ha caído el gigante del Norte en un nuevo laberinto del que no sabe cómo salir?

## El poder de la arrogancia

Michael Shifter



**N**o es sorprendente que, mientras concluye el año 2003, nuevamente el fantasma de Vietnam aparezca en la mente de muchos norteamericanos. En noviembre, los medios de comunicación estaban dominados por la conmemoración del cuadragésimo aniversario del asesinato de Kennedy en Dallas. Noviembre fue también el mes más sangriento desde que empezara la inva-

sión norteamericana a Irak en marzo. Y la sensación de que Estados Unidos nuevamente había caído en un espantoso laberinto —sin tener idea de cómo escapar de él— se ha extendido crecientemente. Era de esperar que la tragedia y el trauma de Vietnam, donde murieron más de 58.000 estadounidenses, salieran de nuevo a la luz. Es verdad que los contextos de Vietnam e Irak difieren dramáticamente e Irak no

puede ser considerado como un callejón sin salida de la misma forma que seguramente lo era Vietnam. Pero existe el riesgo de que pueda terminar de una forma similar.

Naturalmente, es una tentación quedarse en la visión mítica que se ha construido sobre el gobierno de Kennedy y asumir que el carismático líder era un hombre sabio, compro-

metido con la paz. Pero más allá de su imagen romántica, es útil recordar que Kennedy era el típico mandatario de la Guerra Fría, y la invasión de la Bahía de Cochinos en 1961 terminó en un total fracaso. Kennedy envió asesores norteamericanos a Vietnam y comenzó a trazar el camino que llevaría al desastre y la humillación a los Estados Unidos en ese país. Uno no puede exculpar a Kennedy de su responsabilidad en aceptar sin mayor discusión la teoría del dominó en el sudeste de Asia, que suponía que los países caerían uno tras otro en la expansión del comunismo.

Sin embargo, existe un agudo contraste entre Kennedy, e inclusive su sucesor, Lyndon Johnson —cuyo gobierno fue destruido por el conflicto de Vietnam—, y la actual administración. Las dudas e incertidumbres que caracterizaron a ambos presidentes no se

Michael Shifter es vicepresidente del Diálogo Interamericano.

muestran en el gobierno de Bush. Lo más desalentador es el hecho de que no parecen haberse aprendido las lecciones desde entonces.

Actualmente se especula sobre si Kennedy, de no haber sido asesinado, hubiera llevado a Estados Unidos a involucrarse en el conflicto de Vietnam al extremo en que Johnson y luego Richard Nixon lo hicieron. Es imposible saberlo, pero lo que sí sabemos es que al menos Kennedy era un mandatario reflexivo y que después del desastre de la Bahía de Cochinos desconfiaba del sector de inteligencia. Y, a pesar de su pragmatismo, Kennedy también apelaba a los más elevados valores de la tradición de su país. Sus discursos, así, marcaron un hito en la historia de los Estados Unidos. Su breve gobierno generó múltiples esperanzas y movilizó a los jóvenes, los negros y otros grupos en los Estados Unidos a comprometerse políticamente, quienes incidieron de manera positiva en formar el experimento que se producía en Estados Unidos.

Inclusive Johnson, cuyos importantes logros en asuntos internos y derechos civiles terminaron desplazados por la tragedia de Vietnam, expresaba dudas respecto del camino que estaba siguiendo, como ha mostrado la aparición de recientes cintas. (Hasta el periodo de Nixon y el caso Watergate, los presiden-

### **Existe una tendencia inequívoca en Bush y sus consejeros a construir un mundo de acuerdo con su posición ideológica, ignorando aquellos hechos inconvenientes que podrían arruinar dicho esquema.**

tes de Estados Unidos solían grabar en audio sus conversaciones, presumiblemente para la posteridad.) Johnson estaba muy angustiado respecto de si la participación de un creciente número de soldados no podría tener efectos desastrosos. Su preocupación probó ser fundada.

Aunque es difícil afirmarlo con seguridad, parece improbable que el presidente Bush esté experimentando ahora preocupaciones y dudas similares. Por todos los testimonios, Bush tiene absoluta confianza en su decisión sobre Irak. Esta confianza está en parte inspirada por sus fuertes convicciones religiosas y su total creencia en el "American Exceptionalism", es decir, la creencia de que todo lo que hacen los Estados Unidos es necesariamente bueno y que las intenciones de los norteamericanos son puras. (¡Cualquiera diría entonces que Bush obtuvo una resonante victoria en la elección del año 2000!) El enigma para Bush es por qué el resto del mundo, y un número creciente de norteamericanos, no logran darse cuenta de esta característica fundamental de los Estados Unidos. Además, Bush no se muestra interesado en tratar de enfrentar o suavizar algunas de las mani-

festaciones más rudas de una política exterior marcadamente militarizada. En términos de brindar una imagen de los Estados Unidos, no existe actualmente nada comparado a la Alianza para el Progreso de Kennedy y el Cuerpo de Paz de los años sesenta.

Los paralelos entre Vietnam e Irak no se dan tanto por la situación en dichos países —después de todo, sería difícil comparar a Ho Chi Minh con Saddam Hussein, o la naturaleza de amos conflictos—, sino en la mentalidad que existe en la Casa Blanca. Existe una tendencia inequívoca en Bush y sus consejeros a construir un mundo de acuerdo con su posición ideológica, ignorando aquellos hechos inconvenientes que podrían arruinar dicho esquema. En realidad, ellos están creando y operando dentro de una "burbuja".

En el caso de Irak, es notable la importancia que los principales funcionarios norteamericanos dieron a la información proporcionada por líderes de la oposición iraquí exiliados hace muchos años. Es fácil prever que la administración de Bush terminaría cometiendo serios errores si solamente se basaba en datos provenientes de una fuente tan poco objetiva.

**No está claro cómo Bush piensa reconciliar sus ambiciosos fines de democratizar el Medio Oriente —que es un planteamiento de largo plazo— con la transferencia de poder a la población iraquí en los próximos meses.**

Como actualmente se sabe, hubo planteamientos de otros funcionarios norteamericanos que anticipaban las dificultades y complicaciones de una ocupación de Irak. Sin embargo, dichas apreciaciones no fueron tomadas en cuenta. Lo determinante fueron otros factores —sobre todo ideológicos—, pero también intereses económicos, geopolíticos y estratégicos. Exactamente como en el caso de Vietnam.

Y no importa cuán mala se vuelva la situación en Irak. Los funcionarios de Estados Unidos todavía no reconocen sus errores, como algunos importantes senadores republicanos les han exigido. El secretario de Defensa Donald Rumsfeld —quien en apariencia física y actitudes tiene semejanzas al secretario de Defensa de los tiempos de Vietnam, Robert McNamara— se rehúsa a reconocer lo obvio: que las tropas norteamericanas estaban mal preparadas para la muy complicada situación en Irak después de la ocupación. (Es revelador el editorial del general Barry McCaffrey en *The Wall Street Journal* del 28 de noviembre, "Rumsfeld in Denial", "La negación de Rumsfeld".)

Además, no está claro cómo Bush piensa reconciliar sus

ambiciosos fines de democratizar el Medio Oriente —que es un planteamiento de largo plazo— con la transferencia de poder a la población iraquí en los próximos meses. Y con la economía norteamericana aparentemente mejorando, existe una creciente sensación de que, con el tremendo desorden y confusión en Irak y las condiciones que se van deteriorando en Afganistán, el manejo de la administración de Bush a su "guerra contra el terror" será el asunto central en la campaña presidencial del próximo año.

La arrogancia actualmente manifestada en la Casa Blanca recuerda precisamente aquella que era tan visible en los años sesenta y que aparece reflejada en el libro *La arrogancia del poder*, escrito por el senador por Arkansas William Fulbright. (Bill Clinton, también de Arkansas, trabajó para Fulbright cuando era estudiante en la Georgetown University en dicho periodo.) En su libro, Fulbright destaca la coexistencia de elementos democráticos e intolerantes que formaron la personalidad de los estadounidenses. Unos u otros pueden manifestarse de manera más evidente, de acuerdo con las circunstancias. Como Vietnam, los ataques sobre Nueva

York y Washington el 11 de setiembre del 2001 han activado las tendencias más chauvinistas de los norteamericanos.

De igual forma, como Fulbright afirma en un texto absolutamente relevante, ambos aspectos "se caracterizan por una especie de moralismo, pero uno es el moralismo de instintos decentes, moderado por el conocimiento de la imperfección humana, y el otro es el moralismo de la seguridad absoluta en uno mismo, movido por un espíritu de cruzado [...] Estados Unidos debe decidir cuál de las dos facetas de su carácter nacional va a predominar: el humanismo de Lincoln, o la arrogancia de quienes quieren convertirlo en policía del mundo".

Como todos los estadounidenses de mi generación, recuerdo claramente cada detalle del momento en que supe que el presidente Kennedy había sido asesinado. Yo tenía ocho años. El sentimiento de pérdida y tragedia era abrumador. Todos estaban en *shock*. Cuatro décadas después, aunque en circunstancias por completo diferentes, uno tiene la sensación de que la tragedia y la incertidumbre pueden volver a apoderarse del espíritu de los Estados Unidos. Al comenzar el año 2004, uno solo puede esperar que la decencia, el sentimiento humanista y el sentido común, que son también parte de nuestra tradición política, puedan imponerse nuevamente. ▲